

ALEGRIA
ESTU!
DANTIL
FILMS DE AMOR
25^{cts}



MARY - JACK - GRACIA - RICHARD
CARLISLE OAKIE ALLEN ARLEN



RUGGLES, Wesley

FILMS DE AMOR

DIRECCION PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMON SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TAQUERES
Valencia, 234-Avenida 707-Barcelona

"ALAS"

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Ciral Espatola de Libreta - Barbas, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VIII APARECE LOS JUEVES NÚM. 355

(COLLEGE HUMOR, 1933)

Alegría estudiantil

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los conocidos artistas

Bing Crosby - Jack Oakie - Richard Arlen

Novelada por CLAUDIO L. ROBERT

Producción
de la revista
m a r c a



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

INTERPRETES

El Profesor Danvers	Bing Crosby
Barney Shirl	Jack Oakie
Mondrake	Richard Arlen

Argumento de dicha película

Cuando el señor Shirrel, gerente propietario de la gran industria de mantequilla, cuya marca "El Corazón de Oro" se había introducido en todos los hogares americanos, mandó a su hijo Barney a la Universidad Mid-West, lo hizo con la buena intención de que su hijo cursara una carrera: ciencias o letras, le era igual, pero quería que Barney fuera un hombre culto e iniciado en todo lo que su padre ignoraba. Al señor Shirrel, ahora le sobraba el dinero y ya que él no pudo pagarse una carrera universitaria, estaba decidido a que su hijo la tuviera. Lo que no sospechaba el buen señor era que su hijo en la Mid-West seguiría una carrera de la que precisamente no había cátedra en aquella universidad: el fútbol. Barney había jugado muchísimo en el team de su pueblo y se le consideraba un defensa excelente y él, más conocedor que su padre, de lo que ocurre en

las universidades, por amigos que allí habían estado, sabía hacerse valer sus dotes deportivas y una alegre mañana marchó el rico heredero del rico industrial de "El Corazón de Oro", con un buen equipo en el baúl y la cartera bien provista.

—Es posible que Barbará también vaya a hacer uno o dos cursos en la Mid-West—dijo su padre a Barney al marchar—, pero no estoy decidido todavía.

A ella le gusta el colegio por ahora y si quiere continuar estudiando se reunirá contigo; yo estaré más tranquilo sabiendo que mis hijos están juntos.

—Cuando usted quiera, padre, me la manda, que ya sabré yo vigilar a mi hermana.

Y Barney llegó a Mid-West lleno de ilusiones y curiosidad, para saber qué vida llevaba la juventud allí. Lo que no le había preocupado ni un sólo momento, era la carrera que iba a estudiar. Al cruzar los jardines de la soberbia universidad y ver un señor que sin duda era profesor, asomado a una ventana, decidió seguir la carrera de ingeniero. Además, estaba expuesto a que cualquiera le preguntara qué estudiaba y convenía tener la contestación preparada.

Era principio de curso y la universidad hervía de gente y caras nuevas que pisaban por primera vez la docta casa. Jóvenes y chicas, hombres y mujeres de todas edades for-

maban la multitud estudiantil; unos porque realmente querían estudiar, ansiosos de saber, otros que iban allí por imposición de sus mayores, otros por aventura, entre éstos figuraban las jovencitas, casi todos con ideas muy distintas, de las que la gente cree tienen, los que frecuentan las universidades.

Los semblantes en general eran optimistas. Saludos cordiales de los que ya se conocían de cursos anteriores, presentaciones de los nuevos, saludos respetuosos a los profesores que se cruzaban por el camino y en conjunto mucha juventud y mucha alegría.

En el salón de los catedráticos las caras eran más largas y más sombrías. No eran viejos, pero sí estaban envejecidos.

—Mañana se empieza el nuevo curso—dijo uno de ellos, el señor Duxter.

—Sí—contestó Danvers, hombre joven y simpático, que a sus dotes de profesor de literatura unía una voz de barítono magnífica.—Mañana a estas horas estaré explicando los orígenes fundamentales de los grandes dramas.

—Fuimos unos torpes de quedarnos aquí enseñando—objetó el profesor Mandel—, terminada la carrera debimos marcharnos y no quedarnos aquí como moscones revoloteando alrededor del cadáver de nuestra juventud.

—No hay para tanto, amigos míos, se nos

paga bien, estamos bien instalados y somos honorables profesores—, dijo Danvers.

—Danvers habla así porque todavía las alumnas le hacen caso—, observó Dexter ya verás cuando llegues a nuestras edades.

—Señores—dijo Danvers—, brindemos por el curso que empieza mañana.

—¡Brindemos! contestaron todos.

Mientras esta escena ocurría en la sala de profesores, en las habitaciones de los alumnos ocurrían otras menos solemnes, pero tal vez más graciosas.

Barney Shirrel se había introducido en el cuarto que debía compartir con otro estudiante y por suerte o por desgracia para él, su compañero era nada más y nada menos que Mondrake, el jugador favorito del team de la Mid-West, muchacho que llevaba muchos años en la Universidad y con razón o sin ella se consideraba uno de los amos; propiedad que compartía con Roust, el jefe del team de fútbol.

—¿Te llamas Shirrel? fué el primer saludo que le dirigió Mondrake al encontrarle en su cuarto.

—Sí, Shirrel, soy yo, mi padre es el propietario de la mantequilla "El corazón de Oro", una de las más importantes en los Estados Unidos, mi padre...

—Cállate—gritó Mondrake—, ¿juegas al fútbol?

—¿Fútbol? Ya lo creo, el Moberly nunca volverá a tener una defensa como yo... ¿No has leído nunca en los diarios?

—Esto no significa nada — dijo Mondrake despectivamente —, es juego de niños, en la Universidad es otra cosa.

Así dialogaban los dos nuevos compañeros y Mondrake examinaba todo lo que Shirrel iba sacando de su baúl. Una fotografía llamó la atención del veterano estudiante, un grupo de familia, y preguntó:

—¿Quién es esta pandilla?

—¡Oh! contestó Shirrel sonriendo con toda la boca, al ver que aquella fiera estudiantil encontraba algo en su equipaje que no mereciera su desprecio, es mi familia. Este buen señor es mi padre, este...

—¿Quién es ésta? — insistió Mondrake.

—Barbara, mi hermanita, está en el colegio todavía, pero es posible que venga por aquí.

—¡Ah!, dame un cigarrillo, cerillas, rápido — exclamó Mondrake.

Tropezando con todo, azorado por los gritos de su amigo, Shirrel no acertaba a encender el cigarro. Pero Shirrel no era torpe y aunque no había estado nunca en la Universidad sabía defenderse.

—Y, ¿no te parece que tal vez puedo enfadarme de escupir, mientras tú fumas, Mondrake?



— ¡Ah! ¡Oh! — exclamó Shirrel un poco perplejo, pero sacando la cartera.

—¿Qué es esto de Mondrake? Señor Mondrake.

Un portazo hizo volver la cabeza a Shirrel y vio que entraba otro estudiante de la misma catadura de Mondrake.

—Hoya, Mondrake, ¿quién es tu nuevo compañero? — preguntó Roust.

—Shirrel, Barney Shirrel, para servirlos.

—Tienes un cigarrillo, tienes cerillas, pronto, ¿qué esperas?

—Voy, voy en seguida—dijo Shirrel sin desconcertarse ya esta vez—. Por cierto Mondrake, recuérdeme que debo dejar de fumar.

—Quita este sombrero de aquí, y esta maleta—decía Roust con más autoridad que el mismo Mondrake. Ahora ya has conocido a los dos hombres más importantes de la Universidad, yo y Mondrake, capitán y ayudante de team, has mirado todo lo que hay en la habitación, ¿piensas entrar en nuestra asociación? Ten en cuenta que no te obligamos...

—Pero si yo tengo verdaderas ganas de entrar en la asociación — dijo Shirrel —

—No interrumpas. Formarás parte del team, te esperaré mañana.

—Hombre, no sé cómo agradecerte — empezó Shirrel.

—Que vicio tienes de interrumpir a cada palabra. Oye, recién llegado de casa, tráerás dinero.

—Ya lo creo — dijo Shirrel ingenuamente.

—Pues, déjame diez dólares, hasta fin de semana.

—¡Ah! ¡oh! — exclamó Shirrel un poco perplejo, pero sacando la cartera al mismo tiempo.

—Y, otra cosa — dijo Roust metiendo mano en el baúl de Shirrel—, estas camisas a mí me vendrán un poco estrechas, procura

comprarlas un número más grandes, y que tengan los cuellos sin almidón, ¿de acuerdo?

—Sí, sí—contestó Shirrel, convencido de que era inútil oponerse.

De los diez dólares que Shirrel diera a Roust, éste separó un billete de cinco y lo entregó a Mondrake diciendo:

—Toma, Mon, los cinco que te debía, y ante el asombro del novato, Roust salió de allí sin decir otra palabra.

Mondrake no pudo menos que sonreír al ver la cara que hacía Shirrel.

—Te felicito, Shirrel; este Roust es todo un personaje, capitán del team y el que manda en esta casa.

—Sí, supongo que cierran los bancos el día de su santo — contestó Shirrel que ya empezaba a conocer un poco a los que le rodeaban.

—Bueno, arréglate y ven conmigo, hemos de hacer una visita — dijo Mondrake.

—Sois muy amables, muchachos, estáis viviendo mi vida. Fumáis por mi cuenta, gastáis mi dinero, vamos de visita, un encanto — dijo Shirrel sin perder su buen humor.

—No te entretengas que ya es tarde — insistió Mondrake.

—Muy bien, pero si vamos a alguna parte, yo pagaré la mitad.

—De ninguna manera, yo te he invitado — contestó Mondrake muy serio.

—Hombre, eres muy amable.

—Escucha, ¿no podrías dejarme cinco dólares? Diez sería mejor...

—Tómalos — contestó Shirrel —, tirando nuevamente de su cartera.

—Oye, quiero darte un consejo. No andes prestando dinero a todo el mundo.

—Gracias, es un buen consejo.

—Claro está que algunas veces uno se encuentra en apuros — dijo Mondrake —, esforzándose para hacerse agradable. Y, ¿no tendrías un cigarrillo?

—Sí, amigo, toma toda la cajetilla, creo que es mejor, se está echando a perder en mi bolsillo.

Los dos estudiantes salieron al jardín y entraron a un edificio que había al otro lado, pabellón donde se alojaban las señoritas.

Dos preciosas muchachas salieron a su encuentro. Mondrake cogió a una del brazo y presentó la otra a Barney.

—Un nuevo compañero, Amber, yo me voy con Ginger, espero que os divertiréis.

II

A los dos meses de Universidad Barney Shirrel, consideraba que no había mejor vida que aquella. De estudiar ni se hablaba, en cambio, se jugaba al fútbol y se podía salir con las muchachas más bonitas que jamás hubiera podido imaginar.

Roust había dejado la Universidad. Después de estar estudiando durante muchos años sin terminar ninguna carrera de las tres o cuatro que había empezado, creyó que era mejor casarse con una deliciosa compañera de estudios, hija de un millonario. La marcha de Roust hizo que Mondrake pasase a capitán del team, y Shirrel que ya había demostrado que jugaba bien, pasó a ocupar el sitio de Mondrake. Shirrel era ya una personalidad y se permitía pedir cigarrillos a los novatos y tratar su equipaje a puntadas de pic; tal como se le habían tratado a él.

Sus actividades deportivas le llevaron a abandonar un poco a Amber, quien había sido su compañera de salidas desde que se la presentara Mondrake.

El curso pasó tranquilamente, sin que Shirrel aprobara ninguna de las asignaturas que había pensado estudiar, en vista de lo cual decidió que el próximo curso cambiaría de carrera y dejaría la ingeniería para dedicarse a leyes.

A principios de septiembre regresó Shirrel a la universidad, pero no lo hizo solo. Su hermana Bárbara había conseguido que la dejaran ir a estudiar con su hermano, o cuando menos instalarse en la universidad cerca de él.

Bárbara Shirrel era una muchacha preciosa, tan simpática como su hermano, pero con una dosis tan exagerada de coquetería, que resultaba un verdadero peligro para la facultad, alumnos y profesores.

La primera víctima de la provincianita fue Mondrake. Se había fijado en ella cuando la vió por primera vez en la fotografía y la realidad superó en mucho a la stampa. Ella recibió bien al amigo de su hermano y as del fútbol. Aceptó con cierta alegre indiferencia el jersey del team que Mondrake le ofreciera, jersey por el cual había suspirado en vano Ginger durante más de dos cursos, y aquí estaba Bárbara que ni tan solo se había fi-



Ella recibió bien al amigo de su hermano.

jado en él, llevándolo con elegante negligencia.

Bárbara fué a la universidad por aventura, no tenía interés por ninguna ciencia y para decidirse a estudiar algo, empezó por examinar a los profesores. No tuvo mucho trabajo en esto. El profesor Danvers cayó en gracia a Bárbara y se matriculó de su asignatura.

El profesor Danvers sabía muy bien que gozaba de simpatía entre el elemento feme-

nino. La cantidad de mujeres que asistían a su clase bastaba para afirmárselo. Los hombres podían contarse con los dedos de la mano.

—Señoras y señoras—dijo el profesor, a cuya entrada se habían levantado todos los alumnos—, pueden sentarse. Una vez más nos reunimos en esta clase para estudiar las antiguas y honorables artes de Thespian. La escritura de comedias, dramas, su apreciación e interpretación. El tema de mi lección de hoy, será: "Los escenas amorosas del drama. De Cordelia a Ofelia hasta las modernas amantes de hoy". Dice el Doctor Humperdink: "Aprended a emocionar, sed convincentes", esto es lo que dice el doctor. Yo digo "Procurad persuadir, siempre obtendréis más resultado que con violencia."

—Señor profesor—dijo Amber, que tampoco falta en la clase de Danvers—, creo que en amor, se aprende más dando un paseo en auto que con cuatro cursos de su asignatura.

—Señorita, tal vez tenga usted razón, pero, continuemos. ¿Hay alguien que desee hacer alguna pregunta?

—¿Cómo podría yo ser convincente?—preguntó un estudiante excesivamente rubio y corto de vista.

—Cómprate una botella de whisky — le murmuró un compañero al oído.

Durante treinta minutos continuó la clase del profesor Danvers, poco más o menos como se ha visto, y al fin despidió a sus alumnos hasta el día siguiente. La clase quedó vacía en un instante, pero a la última fila había quedado sentada una alumna. Era Bárbara Shirrel que estaba arreglándose la boina.

—Ha terminado la clase, señorita—dijo el profesor al verla allí.

—Ya lo sé. Salgo con usted ahora mismo.

—¿Señorita!

—Oh, no se excite; a usted le gusta que le esperen. Lléveme los libros, haga el favor. ¿Hacia dónde va?

—Me esperan—contestó Danvers un poco perplejo ante la frescura de Bárbara.

—Sabe usted que me gusta la Universidad. Soy Bárbara Shirrel.

—Ya lo sabía.

—¿Quién se lo había dicho?

—Su hermano Barney me había enseñado una foto de usted.

—Es muy buen chico mi hermano. Muy amable de hacerme propaganda antes de que yo llegara.

Así hablando habían llegado a un extremo del jardín donde Mondrake estaba esperando.

—¡Oh!, Mondrake — dijo Bárbara muy amable—, ¿me esperabas?

—Sí, te estaba esperando—contestó Mondrake con un humor de perros.

—Cuanto lo siento, vengo en seguida—dijo ella con el mismo tono cariñoso.

Bárbara cogió los libros que hasta entonces había llevado el profesor Danvers, quien desde que había aparecido Mondrake en la escena, se esforzaba en presentarse lo más respetable posible, si bien los ojos le traicionaban un poco.

—Señorita, he tenido mucho gusto en acompañarla—dijo Danvers.

—¿En qué está usted pensando?—preguntó Bárbara bajito para que no lo oyera Mondrake, pero con el desparpajo de siempre.

—Si he de decirle la verdad, señorita Shirrel, estaba pensando en usted.

—Me lo he figurado—dijo Bárbara dejándole y dirigiéndose a Mondrake con las siguientes palabras:

—¡Cuánto siento haberte hecho esperar! No estás furioso, ¿verdad?

—¿Furioso?—contestó Mondrake echando chispas—, lo que gozaría tirando a ese tipo de Danvers de cabeza al mar.

—No te pongas así, Mon.

—Pensar que he dejado de entrenarme para el partido del domingo, sólo para verte a esperar y encontrarte con el famoso profesor.

—¿De veras has hecho esto por mí?—preguntó la gran coqueta.

—Mira, Bárbara, no te hagas la tonta, sabes perfectamente que estoy loco por ti.

—Pero tú has de comprender que una no puede ofender a la facultad. Si el profesor Danvers se cruza en mi camino y me pide que le acompañe, ¿qué he de hacer?, pues dejarle que venga...

—Sí, claro, pero...

La hermana de Shirrell era tan hábil en coquetear como su hermano lo era en fútbol, y cogiendo el brazo del galán ofendido, se puso de puntillas, le dio medio beso y dijo:

—Se acabó la pelea...

—Eres terrible criatura, no hay quien pueda contigo—contestó satisfecho Mondrake.

Bárbara Shirrel llevaba poco tiempo en la Universidad Mid-West y a pesar de ello era una de las jóvenes más populares. Su natural desahogo para con los chicos, su belleza y general simpatía la tenían bien, incluso con las compañeras, y su coche de dos asientos acostumbraba a llevar hasta seis ocupantes. Barney estaba orgulloso del éxito de su hermana, sobre todo cuando se enteró de que Mondrake era uno de sus más fervientes admiradores.

—Bárbara, hace días que deseo hablarte—dijo Barney a su hermana—, pero tenemos tanto trabajo entrenándonos para el próximo partido, que raro es el día que puedo verte.

—Hola, hermanito, no dirás que te hago quedar mal.

—Me han dicho que Mondrake te distingue mucho. Ya sabes que es el capitán del team, el chico más influyente de la Universidad.

—Sí, me trata muy bien.

—Además, quiero presentarte al profesor Danvers; es muy simpático y canta muy bien, por cierto.

—¿El profesor Danvers? Estudió en su clase — dijo Bárbara sin más comentarios, pues cada uno por su lado tenía bastante que hacer.

Bárbara no se había limitado a marear al profesor Danvers durante las horas de clase. También iba a visitarle en el pabellón donde residían los profesores. Danvers se sentía halagado por la atención de la joven, pero era indispensable hacerse el indiferente, tanto por su posición de profesor como por lo atrevida y coqueta que ella era.

Una tarde, más bien una noche, inmediatamente después de cenar, Bárbara se presentó en las habitaciones de Danvers. El estaba sentado al piano acompañándose una canción. La saludó sin entusiasmo alguno y continuó cantando. Ella se sentó en el sofá escuchando. Al poco rato, viendo que él no le hacía caso, dijo:

—Profesor, ¿puedo quitarme los zapatos?

haciéndolo antes de que él tuviera tiempo de contestar.

—Sabe usted, señorita, que por lo pequeña que es usted, marcha a mucha velocidad— dijo Danvers bastante severo.

—Pues le aseguro a usted que no me ha visto moverme todavía — repuso Bárbara riendo.

Danvers creyó que lo más prudente era callar y continuó tocando el piano. Pasaron algunos minutos más. El se levantó del piano, lo cerró y dijo:

—Ya puede ponerse los zapatos, porque es hora de marcharse.

—No me marcharé si no viene usted conmigo y además, me encuentro más en casa sin zapatos.

—¡Ah!

—Sí, ya lo sabe usted ahora. Voy al baile que damos las chicas en el Omicron y usted me acompañará allí.

—Ya le dije una vez, señorita Shirrel, que yo no asisto a ningún baile de estudiantes.

—Pues yo he anunciado que usted lo presidiría.

—¿Por qué no ha buscado una profesora para esto? La rectora de las chicas, por ejemplo.

—Está enferma. Se cayó el otro día y no puede salir.

—Pues yo no voy al baile—dijo Danvers resuelto y cruzándose de brazos.

Bárbara entendió que ya habían gastado demasiadas palabras y que había llegado el momento de obrar. Se adelantó hacia Danvers, le cogió la solapa de la chaqueta diciendo:

—Cambiese de traje y al baile. ¿Será necesario que le vista yo?

El profesor, chiflado como estaba por la chiquilla, se dejó conducir hasta su cuarto y al llegar allí la encerró a fuera al tiempo que decía:

—No tardaré mucho, Bárbara; espéreme en el despacho.

A los pocos minutos salió Danvers de su habitación vestido de smoking y se reunió con Bárbara, la cual ya iba vestida de gala.

—Lleva usted un traje muy bonito, Bárbara —dijo el profesor.

—¿Le gusta? Me ha costado caro; mi padre tendrá que subir la manteguilla si continúo así.

La entrada de la paradójica parepa en el baile fué observada por muchos, pues los coqueteos de Bárbara con Danvers eran del dominio de toda la Facultad. Incluso habían llegado a oídos de Mondrake. Este no asistía al baile. Las vísperas de partido los jugadores no tomaban parte en ninguna fiesta. Ni bailes, ni vino, ni mujeres. Encerraditos en su



—Me tiene loco Barley, no lo puedo remediar.

cuarto estaban todos ellos completamente absortos por el gran partido que tenían que jugar contra la Universidad rival, y a la que tenían gran empeño en vencer. Casi todos pensaban en esto, pero allí estaba también Mondrake que sólo pensaba en Bárbara. Sabía que aquella noche se celebraba el baile en el Omicrón y él rabía por saber quién la acompañaría.

Mondrake salió de su habitación y se di-

rigió a la de Barney. Creyó que tal vez el hermano podría darle alguna noticia.

—Hola, Barney, ¿qué haces?—preguntó Mondrake.

—Estoy estudiando anatomía; el libro es de Burke, algo admirable. Explica cómo se debe abrir una persona, la cortan por aquí y por allí, le quitan todo lo malo que lleva dentro, le cosen la tripa y ya está bueno otra vez.

—Crecí que estudiabas leyes—dijo Mondrake asombrado.

—Sí, empecé leyes al dejar ingeniería, pero esto de meterse en los asuntos de los demás me pareció una majadería y además cobrar dinero para ello, así es que decidí estudiar medicina; por más que muchas veces no sé lo que estudio. Me parece que tengo una sesera de esas que saltan de una cosa a otra y no aguanta nada.

—Es posible—contestó Mondrake muy pensativo.

—Qué lástima que los de Yarwood no quieran jugar con nosotros—dijo Barney, saltando al fútbol.

—Yarwood nunca jugará con nosotros...

—¿Lo crees de veras? ¿En qué piensas, Mon?

—En Bárbara... ¿Sabes quién la ha llevado al baile?

—Mira, Mon, me indigna ver como tú,

el capitán del team, un chico fuerte, el amo de la Universidad, se deja manejar por una mucosa como es mi hermana.

—Me tiene loco, Barney, no lo puedo remediar. ¿Tienes whisky?

—No, Mon, y aunque lo tuviera no te lo daría. Llevas bebido demasiado, vete a dormir y no piensas más que en una cosa: que mañana juguemos con el Nebraska.

Apenas oyó Mondrake las últimas palabras, pues se había marchado de la habitación precipitadamente. Saló del pabellón de los estudiantes, cruzó el jardín y andó un buen rato hasta llegar ante el Omicrón, club de las jóvenes que asistían a la Universidad. La música y la alegría que allí reinaba llegaron a oídos de Mondrake y durante un buen rato estuvo paseando por el jardín sin atreverse a entrar. Además, ni iba vestido para ello, ni peinado ni afeitado. Había estado entrenándose con los demás jugadores hasta las siete de la tarde y no se había arreglado porque ya sabía que no debía salir de sus habitaciones. Sin querer casi, pero atraído irresistiblemente, llegó hasta la escalera del club. Una joven que le vió y le reconoció le saludó amablemente:

—¡Oh! Mon, me alegro que hayas venido. Es una lástima que a los jugadores os tengan secuestrados, pero no vas vestido...

—Dime, ¿dónde está Bárbara?—pregun-



— ¡Mon! ¿Qué haces? — dijo Bárbara asustada.

tó él sin hacer cabeza de todo lo que la otra le había dicho.

— Mirala allí, bailando con Danvers, bobo. Si tuvieras cabeza te marcharías de aquí.

De un salto pasó las cuatro escalerillas que daban acceso al club y se introdujo en el salón donde el baile estaba en curso. Todos le miraron atónitos. Su semblante desenca-

jado y mal aspecto les dió miedo y se temió algo.

Se detuvo al encontrar a Danvers y Bárbara, mientras gritaba:

— Quitale las manos de encima, y separaba a la pareja.

— ¡Mon! ¿Qué haces? — dijo Bárbara asustada.

En Danvers se impuso el profesor y muy suavemente dijo:

— Mon, hijo mío, no haga usted tonterías, cálmese, puede tener mal resultado esta bravata.

— No se preocupe por mí, profesor — dijo Mondrake con ironía.

— Insisto en que se tranquilice. Usted no se encuentra bien y no debió haber venido.

— Deje a Bárbara si no quiere que le pata la cara a puñetazos.

— Mondrake — gritó Bárbara —, ven conmigo al jardín, y cogiéndolo del brazo lo arrastró hacia fuera.

— Creo que yo debería acompañarles a ustedes, si Mondrake desea decirme algo, insinuó Danvers.

— Sí, que salga al jardín — dijo Mondrake —, allí lo arreglaremos.

— De ninguna manera — insistió Bárbara llevándose sola al capitán del team de la Mid-West.

Salieron al jardín y Mondrake, compli-

tamente aplanado por el esfuerzo y la contradicción abrazó a Bárbara y le dijo:

—Tú sabes cuánto te quiero, Bárbara; no podía estar más tiempo encerrado allí, sospechando que estarías con este imbécil.

—Pues bonita manera de mostrar tu cariño, presentándote en el baile, sucio, borracho y buscando pelea. No, Mon, no es esta la manera de conquistarme. A estas horas deberías estar en casa durmiendo.

—Sí, como si fuera un niño, ¿verdad?

—No es esto, pero mañana jugáis con el Nebraska. A mí poco me importa quien gane o quien pierda, pero tú sabes que hay una infinidad de gente que te tiene por un héroe, eres su ídolo y no debes defraudarles. Vete a dormir.

—Muy bien, Bárbara; haré lo que tú quieras—dijo Mondrake completamente dominado.

—Así me gusta, eres un buen muchacho.

—Sí, pero dime, ¿qué hay entre tú y Danvers?

—Te suplico que no te ocupes ni te preocupes del profesor.

—¿Me voy?—preguntó el pobre atleta.

—Vete.

Bárbara regresó al salón de baile siendo objeto de todas las miradas, pero una buena compañera, que nunca faltan, se acercó al profesor Danvers y él dijo:

—¿No nos cantará una canción, señor Danvers?

—Si ustedes lo quieren, con mucho gusto.

La música distrajo a todos y pronto se olvidó el incidente; a lo menos pareció que se había olvidado.

Al poco rato de encontrarse Mondrake apartado de Bárbara, en lugar de retirarse a dormir se dirigió donde él sabía que podría beber a gusto, y allí le sonaron las primeras horas de la madrugada. La policía que cuidaba de vigilar estos sitios llevóse una redada de borrachos a la prevención y entre éstos se encontraba Mondrake.

La ausencia del capitán del team de la Mid-West fue notada por la mañana y se hicieron muchas pesquisas para dar con su paradero. Aquella misma tarde se celebraba el partido con el Nebraska y no era cuestión de que faltara Mondrake; era igual que haber perdido ya el juego. Pasaban las horas y el atleta no aparecía. La angustia del entrenador y los jugadores crecía por momentos. Era ya hora de presentarse al campo y Mondrake aun no estaba allí. Estas noticias llegaron hasta Bárbara y recordando la escena de la noche anterior fue a hablar con el profesor Danvers contándole lo que ocurría.

Danvers, conocedor a fondo de los estudiantes, sospechaba donde se encontraba

Mondrake, pero después de sus impertinencias en el baile no sería el quien le sacaría de la cárcel. Como si adivinara su pensamiento, Bárbara dijo:

—Profesor Danvers, usted sabe donde está Mon, e irá ahora mismo a buscarlo; por amor propio no puede consentir que el Nebraska gane al Mid-West.

Era el honor del team de la Universidad lo que estaba en juego y Danvers no se podía negar a ello, aparte de que la actitud de la estudiantita era bastante alarmante y él la quería a rabiar.

—Haré lo que pueda para encontrarle—dijo el profesor poniéndose el sombrero y bajando las escaleras junto a Bárbara. Subió en el coche de ésta y a los pocos instantes paraba ante la estación de policía.

—Enséñenme los detenidos de ayer noche—dijo Danvers al guardia.

Los profesores de la Universidad eran conocidos y Danvers no tuvo ninguna dificultad para ver a los que la noche anterior habían caído en manos de la policía.

No era sólo Mondrake quien estaba allí detenido, había dos o tres estudiantes más.

—Este es el que me interesa—dijo Danvers al ver a Mondrake—, pero me los llevaré a todos.

—Señor Profesor — dijo el guardia—,

hay un cargo contra ellos por borrachos y escandalosos.

—No importa, tengo que llevarme a Mondrake. Hay partido esta tarde, ya están en el campo y él todavía está aquí.

—¡Mondrake! — exclamó el guardia—, ¿es posible? Y pensar que tengo apostados diez dólares a favor del Mid-West.

—Pues considérellos perdidos si Mon no sale de aquí.

—¿Se hace usted responsable del cargo, señor profesor?—preguntó el guardia.

—Sí, hombre, sí. Nosotros nos hacemos responsables de los chicos.

El campo estaba atestado de gente y el team había salido ya; pero el público notó en seguida la ausencia del capitán. A gritos, pero como una sola voz, el público pedía a Mondrake.

Las voces llegaron hasta él y completamente reaccionado entró corriendo al campo seguido de Barney Shirrel, que se había retrasado un poco para esperarle. La ovación que el público tributó a Mondrake fué formidable y enardecido por todo aquello, apesar de que su conciencia le recordaba por su conducta de la noche anterior, jugó como nunca y el Mid-West se llevó el partido.

Los días que siguen a las fiestas suelen ser tristes. A la mañana siguiente el rector de la Universidad llamó a Mondrake para



Despidiose Mon de sus amigos.

comunicarle que quedaba expulsado. Fue inútil que Danvers le defendiera y que se hubiera resalta que gracias a él se había ganado el partido; la resolución estaba tomada y Mondrake tuvo que marcharse.

La noticia corrió como reguero de pólvora y Bárbara fué a encontrarle en el jardín.

—Sé lo que te ocurre, Mon, y lo siento porque es culpa mía. No eres tú la sola víc-

tima. Danvers se ha disgustado con el rector en vista de lo que te han hecho y ha dimitido.

—No te preocupes por mí, Bárbara. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Tampoco yo me he portado bien. No basta ser un héroe del fútbol en la Universidad; hay que estudiar también.

—¡Pobre Mon!—dijo Bárbara.

—Sé franca de una vez, a quién prefieres: ¿a mí o a Danvers?

—¡Pobre Mon! ¡Pobre Mon!

—No hables más, Bárbara, algún día volveremos a vernos.

La despedida había sido más fácil de lo que Bárbara temía, no es que ella no sintiera el tropiezo del mejor amigo que había tenido en la Universidad, pero su corazón estaba por otro.

Sin perder tiempo se dirigió al pabellón de profesores y encontró a Danvers que estaba arreglando su equipaje.

—¿Se puede?—dijo Bárbara tímidamente.

—¡Adelante!—contestó Danvers.

—¿Puedo quitarme los zapatos?

—Quítese... los zapatos, si quiere.

El tono no invitaba a hablar mucho, pero Bárbara no se arredra por tan poca cosa.

—¿Le sabrá mal si lloro durante unos diez minutos?—dijo ella.

—Puede llorar hasta Navidad, si así lo desca.

—No me tocará otro remedio si usted se marcha tan enfadado... y sin decirme nada—dijo Bárbara llorando de veras.

—¿Qué quieres que te diga que tú no sepas ya?—dijo Danvers estrechándola en sus brazos.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

Tuya para siempre

Novela sentimental, llena de dulces emociones y de nobles sacrificios, donde se nos da a conocer, hasta donde puede llegar el amor de una mujer enamorada y buena que sacrifica su bienestar, su dicha y su propia vida, en aras del amor que la unió a un hombre, que hasta el último instante no supo comprender toda la grandeza de su alma. — Creación de

SYLVIA SIDNEY

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"—Apart. 707 - Barcelona

Se sirven números sueltos y colecciones, completas, previa carga del importe en saldos de correo. Remítanse cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Katbe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Carole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Murat.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Jed Mac Grea.
ESTUPEFACIENTES	Jean Murat.
EL RECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Aotta Page.
LA MUJER DESNUDA	Fiorilla.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell
VERONICA (La florista)	Frankiska Gual.
LUCAS DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Frankiska Gual.
ESPIAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIASO DE IDA	William Powell.
LOS NIBELUNGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Jean Ekepara.
EL DIAMANTE ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Roccoth.
SAGHARIO	Hamida Parede.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.